

## Capítulo 595: Trajes

La sala principal estaba en silencio, excepto por el sonido sutil, casi hipnótico, de las runas flotando alrededor del sastre celestial. Las luces que emanaban de ellos se reflejaban en las paredes, creando patrones efímeros que parecían bailar junto con el frío brillo de los ojos dorados del ser.

Vergil permaneció inmóvil, aunque su expresión dejó claro cuánto le molestaba la situación. Nunca había sido un hombre de vanidades superficiales—, pero Sepphirothy había insistido tanto que ignorar el asunto sería peor que ceder.

El sastre se acercó, moviéndose como si se deslizara por el suelo. Cada paso iba acompañado de una ligera ondulación en el aire, como si la gravedad simplemente no se atreviera a tocarlo.

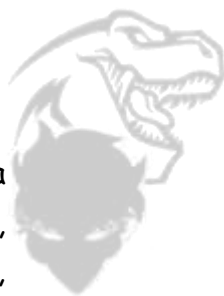
"Manténgase erguido... así es, perfecto", murmuró el sastre, mientras la cinta métrica viviente comenzaba a medir la longitud de los hombros de Virgilio, luego su pecho, cintura y brazo. Las runas se alineaban como constelaciones, girando alrededor de su cuerpo con absurda precisión.

Ada observó desde la distancia, sonriendo levemente. "Parece que hasta el universo se inclina para tomar tus medidas, Virgilio."

Él la miró de reojo. "Y, sin embargo, nada de esto parece digno de mi tiempo."

El sastre se rió suavemente—una risa musical, ingrátida, casi provocativa.

"Digno o no, querida mía, será el traje el que marcará el nombre 'Vergil' entre los aviones. Y créanme..." chasqueó los dedos y las telas comenzaron a aparecer de la nada "...esto es algo que requiere arte"





La tela que apareció ante ellos no parecía ordinaria. Era de color azul oscuro, profundo como el cielo entre dos tormentas eléctricas, y reflejaba la luz de una manera sutil, casi viva. Si lo mirabas durante demasiado tiempo, parecía como si el azul se moviera —como si un océano de sombras fluyera bajo su superficie.

"Stellar Velarium," explicó el sastre con cierto orgullo. "Elaborado con seda tejida a orillas del río Styx. Ningún mortal ha tocado jamás esta tela. Cambia de sombra según la energía del usuario."

Ada levantó una ceja. "Entonces... ¿este traje brillará cuando se enoje?"

"Algo así," respondió el sastre con una sonrisa enigmática. "Pero no te preocupes. No necesita gritar para hacerse notar."

Vergil miró atentamente la tela. El color —un azul intenso con reflejos plateados— le recordaba el brillo de Yamato bajo la luz de la luna. Discreto, letal, elegante.



"Continúa", dijo finalmente en voz baja.

El sastre asintió y comenzó a trabajar.

Con un movimiento de su mano, las runas comenzaron a girar alrededor de la tela, cortándola solas con divina precisión. Cada línea trazada en el aire emitía un sonido fino, similar al de una pala que atravesaba el viento. Las piezas del traje flotaban, ensamblándose en el espacio ante Vergil como un rompecabezas de pura armonía.



"Quiero algo que lleve su esencia," murmuró el sastre, más para sí mismo que para él. "Frío. Restrungido. Peligroso."

Ada se rió suavemente. "Básicamente: él."

Virgilio permaneció inmóvil, pero la comisura de su boca se levantó imperceptiblemente. "No exageres, Ada. Sé ser sociable cuando lo necesito."

"Lo dudo," ella replicó, divertida.

El sastre ignoró el intercambio y, con un gesto, hizo aparecer líneas plateadas que comenzaron a bordar el abrigo. Las líneas se parecían a runas antiguas, casi imperceptibles a primera vista, pero que, bajo cierta luz, revelaban formas similares a las alas de un dragón.

"Estas inscripciones sirven para estabilizar el flujo de energía", explicó el sastre mientras trabajaba. "Pero también tienen... un valor estético." Virgilio observó en silencio, sus ojos seguían el delicado movimiento de las líneas que se entrelazaban a través de la tela. El azul parecía más oscuro ahora —casi negro en el centro, con sutiles venas de plata brillante que se movían con su aliento.

"No es sólo un traje," dijo el sastre, con la voz ahora más baja, reverente. "Es una armadura hecha para quien camina entre la luz y la oscuridad."

Ada sonrió. "Suená poético... demasiado."

"Porque lo es," respondió el sastre, sin perder el tono. "La poesía es lo que queda cuando incluso los dioses pierden sus palabras."





Vergil dejó escapar un suave suspiro. "Sólo espero que no sea incómodo."

El sastre levantó la vista, casi teatralmente ofendido. "Te rog. Esta prenda se adapta al alma de quien la usa. Si sientes incomodidad... es tu propia culpa la que te preocupa."

Esta vez Ada se rió a carcajadas, e incluso Vergil dejó escapar una breve y rara sonrisa.

Las horas transcurrieron en un silencio concentrado. El sastre movía sus manos como un conductor y el traje tomaba forma en el aire, cosido con hilos de pura energía. La chaqueta era de corte largo, ligeramente ajustada, con sutiles detalles plateados en los bordes —un eco del estilo antiguo que Vergil siempre había preferido. El revestimiento interior era negro como la obsidiana, pero, bajo la luz, revelaba diseños casi imperceptibles: símbolos demoníacos y celestiales entrelazados, en perfecto equilibrio.

El chaleco, a su vez, era de un tono de azul ligeramente más claro, realzado por una textura que se parecía a las escamas de un dragón. Los botones plateados, grabados con pequeñas runas, parecían pulsar débilmente al tacto.

Los guantes —fabricados en cuero celestial endurecido— eran negros, con hilos azules en las costuras. Y los pantalones impecablemente confeccionados completaban el conjunto con una elegancia casi amenazante.

Finalmente, el sastre extendió la mano y apareció un último detalle: una capa larga, de color azul grisáceo, tan ligera que flotaba como niebla. Su interior era plateado y en él estaban grabadas con un brillo sutil líneas que imitaban alas desplegadas.

"Para un rey que camina entre el caos y el orden," dijo el sastre, en un tono casi solemne. "El velo de quien no pertenece a ninguno de los dos lados."





Virgilio permaneció en silencio. Sus dedos tocaron la tela —fría, densa e increíblemente ligera. Allí parecía pulsar una especie de poder silencioso, sincronizado con su propio ritmo.

"Póntelo," pidió el sastre.

Él lo hizo. Y por un momento, el mundo pareció quedarse en silencio.

El azul del traje se moldeó para él como si hubiera sido parte de su cuerpo para siempre. Las líneas plateadas brillaron por un instante, como truenos contenidos en seda. Su cabello blanco contrastaba perfectamente con la tela oscura, y su mirada fría completaba la figura de un hombre que parecía haber salido de una era antigua —un guerrero que nunca necesitó alzar la voz para comandar la habitación.

Ada lo miró realmente impresionada. "Está bien... tengo que admitirlo. Te ves... absurdamente imponente."

Vergil se ajustó el cuello y se miró en el espejo. "Hmph. Admito que no es de mal gusto."

El sastre sonrió satisfecho. "Ningún dios se atrevería a no mirar cuando entras a ese salón."

Vergil lo miró con un brillo peligroso en los ojos. "¿Qué pasa si miran demasiado?"

El sastre simplemente sonrió. "Entonces será su culpa por no mirar hacia otro lado a tiempo."





Ada cruzó los brazos, todavía observándolo. "Pareces un trono andante. Creo que incluso Sepphirothy lo aprobará."

Vergil se encogió de hombros. "Su opinión es irrelevante."

"Por supuesto que sí", respondió Ada sonriendo, "por eso aceptaste usar el traje que ella había hecho"

Él ignoró la provocación. Pasó los dedos por el dobladillo del abrigo, probando el peso. "Lo suficientemente ligero para moverse libremente," murmuró, "pero resistente. Excelente trabajo."

El sastre hizo una ligera reverencia, en un gesto casi reverencial. "Hecho a medida para un rey entre el infierno y el cielo."

Virgilio se giró y la capa flotó detrás de él como una sombra viviente. Por un breve momento, pareció como si toda la sala respirara con él— e incluso el aire parecía dudar en moverse.

"Entonces," dijo con voz fría y firme, "creo que estoy listo para este maldito evento."

Ada sonrió. "Listo para causar un escándalo, querrás decir."

Vergil se ajustó los guantes y el suave sonido del cuero al ajustarse resonó en el aire.

"Quizás", dijo con una sonrisa casi imperceptible. "Pero al menos lo haré con estilo."





El silencio que siguió fue interrumpido por el suave eco de los pasos de Sepphirothy en el pasillo—, un sonido que, de alguna manera, siempre parecía estar precedido por un escalofrío casi imperceptible en el aire. La puerta se abrió sin prisas y ella entró, con el mismo aire de alguien que ya sabía lo que encontraría.

Sus ojos recorrieron el pasillo y, cuando aterrizaron en Vergil, la leve sonrisa que llevaba se amplió sutilmente, controlada, pero genuinamente complacida.

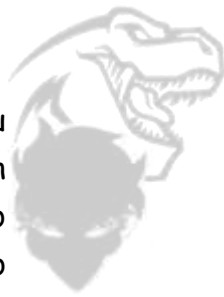
"Entonces el sastre no exageró..." murmuró. "Realmente pareces alguien que podría incendiar un consejo entero con solo entrar." Virgilio se giró y su capa ondeó ligeramente con el movimiento. "Espero que el evento no requiera nada más que esto. No tengo intención de esforzarme más de lo necesario."

"Oh, lo hará," Sepphirothy caminó hacia él, con su postura impecable y su cabello plateado fluyendo sobre sus hombros. "Estas reuniones están diseñadas para medir egos, no fuerza. Pero, por supuesto, cuando el ego es lo suficientemente fuerte como para romper el techo, como el tuyo..." — ella lo miró de arriba abajo, evaluando cada detalle de su atuendo — "...la fuerza viene con ello."

Vergil sonrió a medias y devolvió la mirada al espejo. "Hizo lo que tenía que hacer. Y lo hizo bien."

Sepphirothy se acercó hasta que ella estuvo a unos pasos de él. "El traje te queda bien. Azul profundo, frío e imposible de ignorar... como un abismo disfrazado de hombre."

Ada sonrió y sacudió la cabeza. "Siempre poético, ¿no?"







"Lo suficientemente poético como para sobrevivir entre monstruos", replicó Sephirothy, sin apartar los ojos de Virgilio. "Y reconocer a otro cuando lo veo."

Virgilio se giró completamente para mirarla, su mirada impasible — pero allí había una chispa contenida, casi imperceptible.

"¿Se acabó el espectáculo o hay más ensayos de metáforas antes de irnos?"

Sephirothy soltó una risa baja y breve. "Fără espectáculo. Sólo una declaración de hechos: serás el centro de todo, te guste o no. Los arcángeles observarán. Los dioses fingirán no mirar. Y los demonios... sentirán miedo."

Vergil pasó una mano por el cuello de su chaqueta y respondió con calma:

"Entonces reaccionarán exactamente como esperaba."

Ada se rió. "Te vas a divertir, puedo sentirlo."

